LA POESIA DE PORFIRIO BARBA JACOB

Escribe: LUIS VIDALES

Con los llamados "poetas malditos" sucede algo muy singular, cuando se trata de enfocarlos por la crítica, debido a que la simpatía que suelen despertar por encima de los márgenes de su propia calidad intrínseca, cohibe la aceptación del rigor en el análisis. Se diría que el público que deposita en la personalidad de esos poetas mucho de su propia ansia de rebeldía contra las estrechas normas sociales, éticas, políticas y otras, mantiene con ellos tan amistosa identificación, que a juicio desfavorable sobre la calidad de su poesía es tomado por estos como cosa propia. Hay así una dificultad insalvable para la exposición de la crítica desapasionada, que siempre habrá de sorprenderse interferida por estas calificaciones de alusión "extrapoética".

Desde luego, este hecho guarda concomitancia con un punto nuclear en el esclarecimiento de la obra de todo poeta, porque ello quiere decir que el poeta no es una personalidad aislada y autónoma. El poeta no es solamente él y su obra. Hay una especie de servidumbre o grandeza de su razón de ser, que hace que sus más ocultas intimidades se prolonguen a los demás seres, se fundan en las de estos y, por lo mismo, en estos hallen su amplitud o su limitación. Poeta y público de pronto se tornan una sola entidad. Dicho en otras palabras, el espíritu no es un aislante: es fuerza cohesiva tan ágil, que muchas veces para conocer a un poeta bastaría con conocer a quienes lo admiran o, dicho en la peor disyuntiva, la defensa que en ocasiones se hace de los poetas incluye el peor juicio contra ellos.

En tratándose de Porfirio Barba Jacob, el único "poeta maldito" que ha producido Colombia, el problema es aún más complejo, porque a diferencia de otros de los nuestros, que ya murieron o acabaron por ser olvidados en la consideración de las gentes, él comienza, precisamente a raíz de su muerte, un largo y alucinante peregrinaje por las tierras blandas del alma de los colombianos, en las que se incorpora, a ojos vistas, a un vasto universo de admiración y de ternura. Al crítico no le es permitido, en verdad, ignorar este hecho. Pero aún en este aspecto trascendental de su obra, hay que ser cautos, por cuanto en un país como el nuestro, el habitante común posee, a trueque de la sustancia, la muleta mental. El pensamiento es ejercicio tortuoso que consecuentemente encuentra el có-

modo escape de las jerarquías culturales ya hechas, definitivas y estáticas. Es este, a la postre, el universo mental para el gasto diario. Muy cómodo, en verdad, porque exime del árduo buceo de la elaboración de la idea, para situarnos en la suave y morosa línea de la "menor resistencia". Mas he aquí que solamente por ello la tradición, habitualmente, es intocable. Si a quienes ya tienen de una vez para siempre solucionado el problema de sus inquietudes, de sus preguntas al mundo y de sus consagrados valores, se les destruye esa visión del espíritu, es apenas compasivo que se les permita experimentar la desazón que ocasiona el intruso que pretende dejarnos sin el tesoro del que arbitramos el propio sustento. Es un atentado que alude ya no a otros, sino a nosotros mismos, porque si nos niegan lo que es nuestro porque de ello vivimos, entonces, ¿con qué y quiénes quedarnos? Todos tenemos, cual más, cual menos, apoyos mentales sobre qué sostenernos. Todos tenemos nuestros dioses, así sean pequeños. "Si les tocáis, a mí me tocáis", es nuestro grito más hondo. Y en verdad nada más razonable.

Pero no somos eternos. El tiempo es arquitecto que solo trabaja echando a tierra lo viejo; y a este implacable constructor nadie escapa. El compadrazgo, el familiarismo en la crítica o el resabio mental podrán tener y dar valor momentáneo, Al fin, solo cuenta la obra.

Felizmente no disfrutó de este compadrazgo Porfirio. Y nosotros, sus amigos, podemos analizarlo como si estuviera presente.

"Yo reposo tranquilo en mi obra", ha dicho él mismo. ¿Hasta qué límite? Esto es cuestión que compete decirlo a la crítica. Porfirio es poeta autobiográfico. "Voy a cantarme a mí mismo", exclama. "Cantar mi horrible llaga", repite. De aquí, de esta ubicación, parten lo excelso y la escoria en su obra. Hay en él, en sus temas preferidos, la circunscripción que impone lo autobiográfico. Su universo se resiente de esta medida. Porque el poeta que parte de su experiencia, incluyendo en esta la de los demás, posee un mundo más amplio, aunque a la postre todo sea autobiografía en cultura. Por tal motivo en Barba Jacob no es lo esencial la posición filosófica ante la vida, la muerte, el dolor, el bozo, el amor ("el dolor, el terror, la esperanza", como él mismo lo afirma). No. Todo eso es en él muy simple, nada complejo y, al fin, solamente reducido al consueto teorema filosófico de la "nada". Su mundo es muy poco diverso, de registro repetido y monótono, de márgenes con medidas estrictamente visibles.

¿Dónde, entonces, radica el encanto que trasciende de su poesía con tan impetuoso arrebato del ánimo de quien se le aproxima y lo "oye" cantar? Yo me atrevería a decir que la personalidad de Porfirio se cifra íntegramente en el valor armónico. Aquí, en la multiplicidad de melodías, o sinfonías, o ritmos, o de ciertos hechizados acentos, está todo Porfirio Barba Jacob. Aquí este poeta es de ayer y de hoy y de siempre. Aquí es gran poeta Porfirio. Son esas las "relaciones melódicas" de que él mismo nos habla. En esas íntimas armonías halló su exacta expresión. A ellas están hondamente adheridos su tremendo alarido, a veces hueco, no siempre de buen gusto y su queja, su dejo encantado, en los que llegó al profundo sabor de la lírica. Oído:

*“Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada;
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia “sagrada”.*

*“Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, te me vas”.*

*“Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundimiento en tu lodo las plantas fugaces
huí de mis campos feraces
un día”.*

Tal es el campo lírico en que la voz ronca, amplia, fuerte, de lamento viril produce un poeta alquitarado de grande y generoso arrebató. En ocasiones es anecdótico. A veces es descriptivo. Pero con mayor frecuencia se suelta hasta llegar a lo que él llama “el relámpago”, “el temblor”, “el aullido”, rigidamente sostenido por una armonía, que es como el “aroma” en su sistema lírico, y ahí lo tenemos tronando, en lo orgánico mismo de su condición de poeta. Mientras no toque este, que es su “clímax” profundo, no parece entrar en materia. De estos estados no hechos quedan huellas mortales entre la flor de su obra: “Un médico muy serio vino de la ciudad”; “quiero volver a la infantilidad”; “Francisco, hermano de ellas, Juan de Dios y Ricardo”, son ejemplos de estos descensos de quien encarnó la eterna lucha entre objetividad y lirismo, ganándola tan solo con el instrumento melódico. Poeta de riquísimas músicas, su mensaje no está en las palabras, sino en los graves, gozosos, terribles o ligeros acentos. Batalló por hallar esta cúspide y descifró en ella el secreto del “gran canto de pecho abierto” de que hablaba Cremieux. De ese país de hermosos ruidos se alza, dominante, el berrido satánico de la carne maldita, oscilando entre el arrepentimiento y el gozo.

¿Influencias? Darío, Silva, un poco (él mismo lo afirma) las “corrientes arcaicas”, como Porfirio califica curiosamente al modernismo. No importa. Lástima que no las hubiera sufrido más acusadas, más amplias, debido a que su caparazón autobiográfica lo inmunizó demasiado. Quizás pueda citarse un ejemplo en que Porfirio se dejó llevar del demonio de la imitación, con gran provecho para su lírica. La “Canción de la Vida Profunda”, tal vez su obra más celebrada, viene del tronco lírico francés, con Albert Semain y, más allá, de la poesía popular del Japón. Mucho se ha dicho sobre la identidad o parentesco existentes entre la “Canción” del colombiano y la del francés, pero, que yo sepa, nadie ha citado este poema oriental:

*“Hay días interminables en que el amor nos falta,
el corazón ha muerto y el alma vive ausente;
en vano los relojes en su tic tac nos marcan
como un agua estancada la sombra y el presente.*

Hay días interminables.....

*Hay días interminables en que el amor no llega
y el alma es en la sombra cual rosa florecida;
el corazón aligero percibe los segundos,
pero las horas marchan en negra simetría”.*

Obra de Origuchi Daigaku, este precioso poema es de la misma raza lírica del de Albert Semain y del de Porfirio. Pero mientras el del francés es más cristalino y robusto, el de Porfirio es incomparablemente mejor, mucho más bello, más hondo y más acendrado.

Un esbozo crítico sobre la obra de nuestro poeta maldito no puede ser tan sintético que en él no quepa uno de los aspectos sobre los cuales se hace más hincapié para definir a Porfirio. Se dice de él que es un “poeta americano”. ¿Americano por qué? ¿Porque habla de la Habana, de Centro América, de México, de Colombia en sus versos? ¿Porque algo del paisaje nuestro, de su flora y sus frutos entra en los elementos externos de su lírica? Esta nota no aspira a establecer esta radicación —o erradicación— de Porfirio Barba Jacob. Mas es el caso que el mismo Porfirio se dijo siempre cantor de la “raza”, la “patria” y “América”, con autocalificación que no da lugar a duda de que pretendía ser algo así como una especie de Whitman. Pues bien. En la obra que tengo al frente no está ese poeta. Porfirio es anti-homérico. Por ningún lado anuncia proezas colectivas o anónimas, odiseas o construcciones de pueblos. No es, ni en mínima parte, un saludador del presente o el porvenir de países o grandes núcleos humanos, sumidos dentro de la aventura del tiempo. Por el carácter, por la esencia misma de su poesía, Porfirio es, lo repito, un lírico, un gran lírico, que funde, galvaniza las palabras en la hornaza del canto, y pule y repule sus versos con la única orientación del sonido. Es así como este hombre, desordenado en su vida, halló por una poderosa antinomia el orden en su poesía, a la que cuidaba como su único amor.